
DE JERIGONZAS, RATONES Y OTROS ASUNTOS DEL LAZARILLO DE TORMES

Rosa Navarro Durán
Universidad de Barcelona

La riqueza literaria de *La vida de Lazarillo de Tormes* es extraordinaria: tiene dentro la mejor literatura, la que leyó su autor, Alfonso de Valdés. Reconstruir su biblioteca “portátil” lleva a ver los hilos de oro de la estofa de su espléndida obra. Los grandes escritores se han dado siempre la mano, y en sus obras hay continuos guiños literarios a sus lecturas; no hay más que ver en *Don Quijote de la Mancha* los que hay al *Lazarillo*. El secretario de cartas latinas del Emperador tenía a su disposición los libros de la biblioteca imperial y era un lector voraz. Así pudo apoyarse en el *Novellino* de Masuccio para crear el tratado quinto, el del buldero, y a la vez para la historia del arcipreste amancebado que confiesa a la dama; ella pedirá información sobre “el caso”, que es el motivo para la declaración de Lázaro, marido de la manceba y pregonero. Pero además la *Vida de Esopo* le dio al escritor el motivo del vómito delator, que él aplicó a la longaniza devorada por Lázaro. Y Francisco de Osuna le permitió llegar al juego genial del “paraíso panal”, etc., etc. Si tomamos como ejemplo el prólogo, veremos que tiene una cita de Plinio que Alfonso de Valdés leyó en el de la *Obra de agricultura* de Gabriel Alonso de Herrera, otra de Cicerón traducida tal como aparece en las glosas de Hernán Núñez a las *Trescientas* de Juan de Mena, y que procede del *Relox de príncipes* de fray Antonio de Guevara su referencia a cómo el señor regala al truhán que le alaba mintiendo. Y hay todavía otra lectura que asoma en esa página genial, como indicaré. Poco a poco se van iluminando momentos, pasajes, expresiones del texto al descubrir el enlace con una obra leída por el escritor. Como estas también afloran en sus dos *Diálogos*, sirven además de prueba de su autoría y se acumulan junto a las razones ideológicas, los datos históricos y léxicos (Navarro, 2004).

La lectura de dos obras sapienciales de origen oriental, *Bocados de oro* y *Calila e Dimna*, se advierte en los dos primeros tratados de *La vida de Lazarillo de Tormes*. Gracias a la primera, se aclara el sentido de una *jerigonza* siempre mal leída e interpretada. Y con la segunda, vemos mucho mejor al pobre Lázaro haciendo de ratón y siendo la supuesta culebra o “culebro” para intentar burlar al mezquino clérigo que lo mata de hambre. A ellas hay que añadir dos obras esenciales del siglo

XIV: el *Libro de buen amor* y *El conde Lucanor*; el primero nos permitirá ver qué escena asoma detrás de la nariz del ciego en la boca de Lázaro, y el libro de don Juan Manuel nos dará luz sobre el curioso tratamiento del mezquino clérigo a los ratones.

1. La “jerigonza” de *Bocados de oro*

El primer amo que tiene Lázaro es un ciego. Con él comienza su aprendizaje vital, tiene que dejar a su madre e irse de Salamanca. La primera lección “práctica” que recibe es indicio de la crueldad del personaje. La burla que le hace éste al niño, aprovechando su simpleza, su inocencia, y que culmina con la calabazada en el toro de piedra, se cierra con su primera advertencia: “Necio, aprende, que el mozo del ciego un punto ha de saber más que el diablo”. Y Lázaro se da cuenta de que, en efecto, le conviene “avivar el ojo y avisar”. Cuenta luego cómo empiezan su camino y añade: “en muy pocos días me mostró *jerigonza*”. Siempre se anota el término siguiendo la definición de Covarrubias en su *Tesoro de la lengua castellana*: “lenguaje que usan los ciegos con que entenderse entre sí”; pero nunca dice palabra alguna Lázaro en esa supuesta jerga ni tampoco la usa el ciego en las palabras que reproduce el pregonero; además no le serviría de gran cosa al mozo porque Lázaro no es ciego ni convive más con ellos. El ciego no responde al tipo del rufián que pudiera hablar en germanía; se gana la vida aprovechándose de la religiosidad popular, rezando oraciones en las que no cree; pero no comete delito alguno.

Bocados de oro nos da la clave para ver que estamos dando un sentido erróneo al vocablo. Es un libro sapiencial, traducción del que compuso en árabe, en 1048-49, Abu l-Wafa al-Mubashshir ibn Fatik recogiendo *Máximas selectas y los dichos mejores*, como reza su título. La versión castellana se la supone escrita hacia la mitad del siglo XIII; fue impresa por primera vez en Sevilla en 1495; luego en 1510 en Toledo (que es la edición que voy a citar) y por último en Valladolid en 1527.

Sus páginas siguen revelándonos secretos hoy, más de quinientos años después de que naciera para la letra impresa. En el capítulo XI, entre “los dichos y castigamientos de Sócrates, el filósofo”, leemos: “El ánima es girigonza que no ha prescio; e el que no la conosce sírvese della en lo que le no conviene; e el que la conosce no se sirve della sino en lo que le conviene” (*Bocados*, 1510: XVI). Evidentemente no encaja con el texto el significado de jerga de ciegos o “el dialecto de gitanos, ladrones y rufianes para no ser entendidos”, como dice el *Diccionario de Autoridades*, ni el de galimatías ininteligible o “todo aquello que está oscuro y dificultoso de perceber o entender”, acudiendo a la misma fuente. Es otro diccionario el que nos llevará a la lectura correcta, el *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico* de Joan Corominas y José Antonio Pascual; en él se nos señala la coincidencia de la palabra que significa “lenguaje incomprensible” o “lenguaje de malhechores” con el nombre de una piedra preciosa, jacinto o *jargonça*, que ya aparece en el *Lapidario* de Alfonso el Sabio, en 1250. Don Juan Manuel la menciona en el *Libro del caballero y del escudero*: “las [piedras] preciosas son así como carbúnculos et rubís et diamantes et esmeraldas [...] et girgonzas et estopazas et aliofares...” (Don Juan Manuel, 1981: 105); y Enrique de Villena en el *Arte cisoria*: “...guarnidas sus

manos de sortijas que tengan piedras o engastaduras valientes contra ponçoña e ayre infecto, así como rubí e diamante e girgonça e esmeralda...” (Villena, 1879: 18). En el *Calila e Dimna*, también aparecen las “girgonças” en un contexto de enseñanza moral: “Ca es contado por nesçio quien pone en su cabeça el ornamento de sus pies [et en los pies el de] la cabeça, et quien dagastona las *girgonças* en el plomo”, y en seguida: “Et las *girgonças* non afrueñtan al que las lleva, et puédelas vender por grant aver”¹ (*Calila*, 1984: 132-133).

Esa piedra preciosa, la *girgonza* de *Bocados de oro* no tiene precio para nosotros porque no sólo nos permite entender la imagen del alma como jerigonza, sino leer bien el pasaje del *Lazarillo*.

Me llevó a ella otro fragmento del mismo libro, uno de los dichos y castigos de Protheus, el filósofo: “Si por ti pudieres llegar al saber que llegaren los antiguos, puna en leer los libros que dexaron atesorados e no seas tal como *el ciego que tiene girgonça en la mano* e no vee la su fermosura”. Y en seguida, insiste en ello: “Si los sabios que fueron ante que nos no nos desconociesen estos thesoros ni nos abriesen estas puertas ni nos guardassen estas carreras, fincaríamos mucho menguados, e seríamos como *los ciegos que tienen el ajófar* y no conocen la su fermosura”, cap. XXIV, f. XLII v. No hay duda alguna del significado de “jerigonza”: piedra preciosa; ni tampoco de su sentido figurado aplicado al saber: tesoro.

Volvamos ahora a lo que dice Lázaro: “y en muy pocos días me mostró jerigonza; y como me viese de buen ingenio, holgábase mucho y decía: –Yo oro ni plata no te lo puedo dar; mas avisos para vivir muchos te mostraré” (Valdés, 2004: 8). No dice que le “avezó” o “vezó” jerigonza, sino que le *mostró*, verbo que usa también con la palabra equivalente: “avisos”. Lo que le muestra el ciego a Lázaro es un tesoro, una piedra preciosa, “jerigonza”, en sentido figurado: le da avisos, consejos para vivir; y la cita bíblica que dice el ciego se amolda perfectamente a ello: “No tengo oro ni plata; lo que tengo, eso te doy” (*Hechos de los apóstoles*, 3, 6). De tal manera que concluye, y con ello cierra el pasaje: “Y fue así, que, después de Dios, este me dio la vida y, siendo ciego, me alumbró y adestró en la carrera de vivir”. El ciego, al modo del Salmo 32 (*Vulgata* 31), 8 –“Yo te enseñaré y te instruiré en el camino que debes seguir; / seré tu consejero y estarán mis ojos sobre ti”–, a pesar de carecer de vista, ilumina el camino existencial de Lázaro. No le enseña la supuesta jerga de ciegos, sino que le muestra un auténtico tesoro: le da consejos para vivir, al ver que el niño es “de buen ingenio”. El pasaje tiene una palabra –una pieza– que se lee erróneamente, que desconcierta el conjunto perfectamente trabado. Otro libro da luz y permite ver el error; el brillo de esa jerigonza, de esa piedra preciosa, devuelve el sentido a esas palabras de Lázaro.

¹ En esta obra también se relaciona el saber con el tesoro: “...sabrà ende que avrá alcançado cosa que es más provechosa que los tesoros del aver. E sería atal commo el ome que llega a hedat et falla que su padre le ha dexado gran tesoro de oro et de plata et de piedras preçiosas, por donde le escusaría de demandar ayuda et vida”. Incluso se habla de la luz que da al entendimiento (como el “alumbró” en boca de Lázaro): “ca el saber esclareçe mucho el entendimiento así bien commo el olio que alunbra la tiniebla” (*Calila*, 1984: 90-91 y 93).

Alfonso de Valdés, el autor del *Lazarillo de Tormes*, leyó los *Bocados de oro*, y la huella de su minuciosa lectura puede verse claramente en el texto de la declaración de Lázaro, pero también en su *Diálogo de Mercurio y Carón*, como indicaré. En su primera obra, el *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*, Lactancio afirma que “no se paga mucho ni se contenta Dios con oro ni plata, ni tiene necesidad de cosas semejantes, pues es Señor de todo. No quiere sino corazones”; y poco después insiste y le sigue diciendo al arcediano del Viso a propósito del saco de Roma: “Pues mirad, señor: ha permitido agora Dios que roben sus iglesias por mostrarnos que no tiene en nada todo lo que se puede robar ni todo lo que se puede corromper, para que de aquí adelante le hagamos templos vivos primero que muertos, y le ofrezcamos corazones y voluntades primero que oro y plata”(Valdés, 1992: 182).

Esos corazones y voluntades son la auténtica jerigonza; la guardan celosamente también los libros, son sus secretos.

2. Otros secretos guardados en *Bocados de oro*

La anécdota de las uvas del tratado primero del *Lazarillo* tiene un sabor folclórico indudable, como han señalado los críticos; sin embargo, la semejanza que guarda en su construcción con otra contada en el capítulo segundo de *Bocados de oro* nos permite ver su carácter sapiencial, de enseñanza de maestro a discípulo y relacionarla, por tanto, con ese tipo de literatura más que con los chascarrillos populares. Entre los “dichos y castigamientos de Hermes, el filósofo”, cap. II, f. VIII, está el siguiente:

E dixo:

–El músico mueve la cuerda segund manera de su esfuerço.

– ¿Entiendes lo que te digo?

Dixo:

–Sí.

Dixo:

–No veo que lo entiendes.

Dixo el discípulo:

– ¿Cómo lo vees?

Dixo:

–Porque no te veo alegre. Que la señal del entendedor es en alegría.

Lázaro come las uvas dos a dos, y tres a tres, cuando ve que su amo rompe el trato, que los dos habían acordado, de comer una uva cada vez. Y su amo le dice:

–Lázaro, engañado me has. Juraré yo a Dios que has tú comido las uvas tres a tres.

–No comí –dije yo–; mas ¿por qué sospecháis eso?

Respondió el sagacísimo ciego:

–¿Sabes en qué veo que las comistes tres a tres? En que comía yo dos a dos y callabas.

El esquema de las dos anécdotas es el mismo; el maestro deduce lo que ha hecho el discípulo por su comportamiento: en el primer caso, porque no está alegre; porque calla, en el segundo. Y a la vez, el mozo recibe una lección del hombre sabio, como subraya Lázaro: “Reime entre mí y, aunque mochacho, noté mucho la discreta consideración del ciego” (Valdés, 2004: 13).

Pero hay más huellas de la inteligente lectura que hizo de *Bocados de oro* esa abeja renacentista que es el espléndido escritor conquense, Alfonso de Valdés, que nos permiten entender mejor ciertos detalles del *Lazarillo*.

Lázaro va a coger agua al río, desde donde ve a su amo hablando con “dos rebozadas mujeres” y desayuna “ciertos tronchos de berzas”, aunque conoce bien el arte de pedir, y gracias a él consigue pan y tripas y uña de vaca, con que no sólo come él sino que sacia el hambre de su amo, el pobre escudero. Esas berzas cobran más sentido si leemos un pasaje de la vida de Alejandro Magno del libro sapiencial. Un pueblo muy pobre le manda “una compañía de sus sabios”, y le ruegan que no les ataque porque son pobres, no tienen más que “la sapiencia”, y “la sapiencia no se gana por lid”. Y sigue contando el texto: “E quando esto oyó Alexandre, mandó a su gente que fincasse allí; e fuesse él para ellos con muy poca cavallería e fallolos despojados e pobres, e sus mugeres cogían las verças por los campos” (*Bocados*, 1510: XXXII v). Esas berzas, comunes a los dos textos, nos pintan la suma pobreza de ese pueblo y la de Lázaro.

Precisamente Aristóteles, el maestro de “Alexandre”, hijo del rey Filipo, es quien enriquece bastantes páginas con sus “dichos y castigamientos” (cap. XIV), y luego le siguen los del propio Alexandre, rey (cap. XV). En la segunda parte del *Diálogo de Mercurio y Carón*, el buen rey Polidoro lega a su hijo, que se llama precisamente *Alejandro*, una serie de avisos como “armas” –con imagen erasmista– para defender su reino.

Una sentencia de “Plantón, el filósofo” (Platón, claro está) sobre la conducta de los sabios, la tomará Alfonso de Valdés para subrayar la medida del Emperador: “No es sabio complido el que se alegra con ninguna cosa deste mundo ni el que se desmaya por ninguna cosa de las sus tempestades” (*Bocados*, 1510: XXII v). Y en el capítulo IX, donde se habla “de los dichos y castigamientos de Pitágoras”, se había alabado al sabio atribuyéndole la misma conducta: “Pues su ánima muy sutil ni se alegrava mucho ni se dolía mucho además, ni le vido ninguno reyr ni llorar” (*Bocados*, 1510: XII). En el *Diálogo de Mercurio y Carón*, el dios le está contando al barquero del Hades cómo se extendió la noticia del saco de Roma, y cuando éste le pregunta qué hizo entonces el Emperador, le dice: “El Emperador, aunque en todas sus cosas se conformó tan de verdad con la voluntad de Dios, que ni las prosperidades le dan demasiada alegría ni las adversidades tampoco tristezas...” (Valdés, 1999: 136).

Una palabra que por dos veces usa Alfonso de Valdés, “capuzado”, tiene un correlato en *Bocados de oro*: “e éste es el *sampozado* en la cobdicia”, en el citado capítulo XII (1510: XXIII). Cuenta Mercurio cómo vio que, “donde Cristo mandó no tener respeto sino a las cosas celestiales”, los cristianos “estaban comúnmente *capuzados* en las terrenas”(Valdés, 1999: 84). Y la ánima del buen cortesano casado cuenta a Carón: “Has de saber que, siendo mancebo, aunque naturalmente aborrecía los vicios, malas compañías me tovieron muchos años *capuzado* en ellos” (Valdés, 1999: 183).

Aunque lo que dice Lázaro de su madre de que “determinó arrimarse a los buenos por ser uno de ellos” coincide con el refrán “allégate a los buenos y serás uno de ellos” que ya recoge Santillana, también aparece por dos veces en *Bocados de oro*: “Sigue a los buenos y serás uno dellos; e a los malos otrosí e serás uno dellos”(1510: IX v.); “Una de las venturas de los hombres es hauer buen compañero: pues acompañaate con los buenos e serás uno dellos”(1510: XXXIX v.). Incluso la sentencia con que se cierra el capítulo XXVI (1510: XLVI v.) podría aplicarse al ciego tras el golpe que se da con el poste:

E dixéronle:

–¿Cuál es la señal de la ceguedad?

E dixo:

–Fiar hombre en quien no deve fiar.

Alfonso de Valdés pudo leer cualquiera de las tres –únicas– impresiones (Sevilla, 1495; Toledo, 1510 y Valladolid, 1527), todas anteriores a su marcha de España con la corte del Emperador. Y su lectura no sólo ilumina pasajes de *La vida de Lazarillo de Tormes*, sino que es un testimonio más de que el escritor conquesense escribió esa espléndida “nonada”.

3. Los mures y las culebras de *Calila e Dimna*

Abramos las páginas de otra obra sapiencial, maravillosa: *Calila e Dimna*. En ella encontramos dos ejemplos que nos llevan sin lugar a dudas al texto del *Lazarillo*²: la autobiografía del ratón y el can que mató al culebro. Como indican J. M. Cacho Bleuca y María Jesús Lacarra en su edición, en el libro hay tres únicos relatos en primera persona: la autobiografía de Berzebuey, la historia del ratón y el cuento de “El religioso y las palomas que le dieron un tesoro”. La autobiografía de Berzebuey el menge comienza con fórmula que nos lleva a la de Lázaro y que nos permite reconocer la ruptura que su contenido supone. Alfonso de Valdés, con su arte

² Alfonso de Valdés pudo leer la obra impresa con el título de *Exemplario contra los engaños e peligros del mundo*, Zaragoza, Paulo Hurus, 1493 o en la impresión de Burgos, Maestre Fadrique, 1498. No hay que olvidar además que en el inventario de “los libros propios” de Isabel la Católica figuraba un manuscrito de la obra; y su nieto Felipe II poseía también un *Libro de Culila [sic]. Propiedades de animales, de mano*, según un catálogo fechado en 1574: tomo los datos de Cacho Bleuca y Lacarra (*Calila*, 1984: 45-46). Como dicen los editores, no se puede saber si se trata del mismo ejemplar, pero es posible; si así fuera, estuvo al alcance del secretario del Emperador, en cuya biblioteca estaría.

magnífico, sabe mezclar ese motivo literario a otros (el parto súbito, el nombre que toma el niño del río donde nace, que están en las biografías de Homero y Virgilio de las glosas de Hernán Núñez a las *Trescientas* de Juan de Mena: Navarro, 2004: 217-223) y además los hace desaparecer como tales; no se nota su presencia en el terso tejido de su incomparable prosa:

Mio padre fue de Merçeçilia et mi madre fue de las fijasdalgo de Azemosuna et de los legistas. Et una de las cosas en que Dios me fizo merçed es que fue yo el mejor de sus fijos; et ellos criáronme lo mejor que pudieron, governándome de las mejores viandas que pudieron, fasta que ove nueve años conplidos. Et desí pusiéronme con los maestros, et yo non çeçé de continuar en aprender la gramática et de meter la mi cara a sotileza et a buen entendimiento, atanto que vençí a mis compañeros et a mis iguales, et valí más que ellos. Et leí libros... (*Calila*, 1984: 103).

Si leemos ahora “Pues Sepa Vuestra Merced, ante todas cosas, que a mí llaman Lázaro de Tormes, hijo de Tomé González y de Antona Pérez, naturales de Tejares, aldea de Salamanca. [...] Pues siendo yo niño de ocho años, achacaron a mi padre ciertas sangrías mal hechas en los costales...”, nos damos cuenta de la novedad de la autobiografía del pregonero, de su humilde origen –su padre es molinero–, de cómo no va a la escuela y, por tanto, no sabe escribir; de cómo el primer hecho destacable de su vida es la prisión de su padre por ladrón.

La autobiografía del mur comienza de otra forma:

Do yo nasçí fue en casa de un religioso que non avía muger nin fijos. E traíanle cada día un *canastillo* de comeres, et comía dello una vez et dexava lo que fincava et colgávalo de una sogá en un canastillo. Et yo açechávalo fasta que salía; desí veníame para el canastillo et non dexava hí cosa de que non comiese et que non echase a los otros mures. Et punó el religioso muchas vezes de lo colgar en lugar que lo yo non pudiese alcançar, et non podía (*Calila*, 1984: 210).

Pero no es difícil fundir la figura del mur con la de Lázaro en casa del mezquino clérigo. Este nunca deja nada; la suya no tiene como en otras casas “en el armario algún *canastillo* con algunos pedazos de pan que de la mesa sobran” (*Calila*, 1984: 91). Como cuenta Lázaro, “solamente había una horca de cebollas, y tras la llave, en una cámara en lo alto de la casa” (Valdés, 2004: 17). La cebolla está tan inaccesible para él como los “comeres” para el ratón; pero tiene como ración una cada cuatro días.

Sigamos la peripecia del mur del *Calila e Dimna*: llega un huésped a casa del religioso, y mientras le está contando las maravillas que ha visto en las muchas tierras por donde ha andado, “el religioso en este comedio sonando sus palmas a las vezes por me fazer fuir del canastillo”. La obsesión del religioso nos lleva de nuevo a la del mezquino clérigo; el huésped, molesto por la poca atención que le presta, le preguntará; y explicará el religioso: “fágolo por espantar unos mures que ha en esta casa que me fazen grand enojo, et nunca dexan cosa en el canastillo que me lo non coman et me lo royan” (*Calila*, 1984: 210). También el mezquino clérigo pregunta

a los vecinos, sólo que estos le dan la idea de que no es ratón, sino culebra; y esto nos llevará a otro relato del *Calila e Dimna*. Sigamos aún con este.

El mur, hambriento porque el inteligente huésped ha descubierto en su cueva el tesoro de mil maravedís que le daban fuerza para saltar hasta el cestillo, hace un discurso sobre la pobreza y cómo ante ella te dejan los amigos y parientes y añade:

Non es ninguna cosa más fuerte que la pobredat; que el árbol que nasce en el aguaçal, que es comido de todas partes, [en] mejor estado está que el pobre que ha menester lo ageno. Et la pobredat es comienço et raíz de toda tribulaçión, et faze al omne ser muy menudo et muy escaso; et fázele perder el seso et el buen enseñamiento, et han en él los omnes sospecha, et tuelle la vergüença et es suma de todas tribulaçiones (*Calila*, 1984: 214-215).

Se podría aplicar perfectamente a los trabajos del pobre Lázaro; lo que sucede es que en el *Lazarillo* lo importante es ver cómo reaccionan ante su pobreza los que tendrían que solucionarla, los miembros de la iglesia de Jesucristo. Como le recuerda Carón al ánima del mal obispo que se condena: “¿No dice él [Jesucristo] que lo que se hace a un pobrecillo se hace con él, y lo que se deja de hacer con un pobrecillo se deja de hacer con él?”(Valdés, 1999:127).

El mur llegará en su discurso sobre la pobreza a los avaros:

Pues la muerte es mejor al omne que la pobreza que faze al omne pedir con cuita, quanto más a los viles escasos. Ca el omne de grand guisa, si le fiziesen meter la mano en la boca de la serpiente et sacar dende el tósigo et tragarlo, por más ligera cosa lo ternía que pedir al escaso. Et dizen qu’el que padesçe grant enfermedat en su cuerpo, tal que nunca la perdiese o que perdiese sus amigos et sus bien querientes, o que fuese en agena tierra do non supiese casa nin alverge nin oviese esperança de se tornar, mejor le sería todo esto que pedir a los viles; que la vida les es muerte et la muerte les es folgura. Et a las vezes non quiere el omne pedir, seyéndole mucho menester, et fázel’ esto *furtar et robar, que es peor que pedir*. Ca dizen que más vale callar que dezir mentira, et mejor es la torpedat de la lazeria que la infamia. Et mejor es la pobredat que pedir averes agenos (*Calila*, 1984: 215-216).

El clérigo es realmente un “vil escaso”, y por el hambre que pasa Lázaro cuando está a su servicio, también desea algunas veces la muerte (Valdés, 2004: 19). La pide la primera noche que duerme en casa de su nuevo amo, el escudero, maldiciendo su ruin fortuna: “pedí a Dios muchas veces la muerte”(Valdés, 2004: 31). Cuando consiga pan y tripas con que comer y las vea el hambriento escudero, le dice: “Mas tú haces como hombre de bien en eso, que *más vale pedirlo por Dios que no hurtarlo*”(Valdés, 2004: 33); idea que también está en el discurso del mur.

El mur querrá apoderarse de los maravedís que le han correspondido al huésped y que ha puesto éste en una bolsa a la cabecera de su cama, pero lo despertará por el ruido que hace. Sigue contando el mur:

Et tenía çerca de sí una vara et firiome con ella en la cabeça muy mal, et rastreme fasta que entré en la cueva. Et después que se me fue amansando el dolor que avía, contendieron conmigo la golosía et la cobdiçia, et vençieronme de mi seso et llegueme con otra tal cobdiçia commo la primera fasta que fue çerca. Et en veyéndome, diome otro tal golpe de cabo en la cabeça, que me cubrió de sangre; et fueme a tunbos et rastreme fasta que fue en la cueva, et caime amortaçido sin seso et sin recabdo, et ove tamaño miedo que me fizo aborresçer el aver. [...] Desí pensé et fallé que las tribulaçiones deste mundo non las han los omnes sinon por golosía et por cobdiçia, et sienpre están por ellas en tribulaçión et en lazeria (*Calila*, 1884: 216).

El golpe en la cabeza del mur que le deja lleno de sangre y sin sentido lo podemos reconocer de nuevo en el garrotazo que descarga el malvado clérigo sobre Lázaro, creyendo que es la culebra que ha ido a las pajas donde el mozo duerme: “con toda su fuerza me descargó en la cabeza un tan gran golpe, que sin ningún sentido y muy mal descalabrado me dejó. [...] Mas, como me tocase con las manos, tentó la mucha sangre que se me iba y conoció el daño que me había hecho” (Valdés, 2004: 25).

El “apetito goloso” no es el causante de este garrotazo, sino sólo el hambre; pero sí lo fue de otros golpes: los que le dio el ciego al tener la prueba, con el vómito de Lázaro, de que su mozo le había comido la longaniza. Así lo cuenta él: “como me vi con apetito goloso, habiéndome puesto dentera el sabroso olor de la longaniza...”. Acabará “arañada la cara y rasçuñado el pescuezo y la garganta” (Valdés, 2004:13-14).

El mur se mudará “de la casa del religioso al campo”; a Lázaro lo toma el clérigo “por la mano” –acción que continuamente hacen los personajes de los libros de caballerías– y lo pone en la calle. Se marchará de Maqueda y llegará, “con ayuda de las buenas gentes”, a Toledo.

Tenemos ahora que retroceder un poco y regresar al arcaz de los bodigos y a la interpretación que del robo hace un vecino del mezquino clérigo: “En vuestra casa yo me acuerdo que solía andar una culebra, y esta debe de ser sin duda”. Y vemos sin dormir al mezquino, vigilante, con un garrote en la mano³; cuenta Lázaro: “Íbase a mis pajas y trastornábalas, y a mí con ellas, pensando que se iba para mí y se envolvía en mis pajas o en mi sayo; porque le decían que de noche acaecía a estos animales, buscando calor, irse a las cunas donde están criaturas, y aun morderlas y hacerles peligrar”(Valdés, 2004: 24).

Dos relatos del *Calila e Dimna* nos ofrecen ejemplos de ese peligro que las culebras son para los niños. El primero es el de la culebra que ha envejecido y no puede cazar; se va a echar cerca de una fuente, donde están las ranas que antes eran su alimento, con semblante triste. Acabará hablando con el rey de las ranas y le cuenta por qué sólo puede comer las ranas que le dan como limosna:

³ Una escena semejante ante una culebra también imaginada está en la novela VI del *Novellino* de Masuccio (Navarro, 2004: 207). Véase con mayor detalle en Navarro, 2003: 94-95.

Fui en rastro de una rana por la tomar, et ella metiose en casa de un religioso. Et yo entré en pos ella, et la casa estava escura. Et estava en la casa un niño, et cuidando que mordía a la rana mordí al niño en la mano et murió (*Calila*, 1984: 249).

El resto de su relato se aleja de nuestro texto. Pero vuelve a él otra historia, la del religioso y su mujer embarazada. Ella le contará una versión de la que conocemos como fábula de la lechera, en forma del sueño de otro religioso, que comienza a pensar en la venta de una jarra con miel y manteca “por tantos maravedís” y planea su futuro “labraré muy nobles casas”⁴, antes de romper sin querer la jarra con una vara, cuando ya estaba imaginando educar al hijo que tendría.

La mujer que cuenta la historia dará a luz a un niño y un día lo dejará al cuidado de su marido, el religioso. Él tiene que ir a buscar algo que necesitaba y lo deja a su vez al cuidado de su perro, de “un can que avía criado en su casa”.

Et el can guardolo quanto pudo, ca era bien nodrido. Et avía en la casa una cueva de un culebro muy grande negro. Et salió et veno para matar al niño; et el can, quando lo vido, saltó en él et matolo et ensangrentose todo dél.

El religioso lo verá así, creará que el perro ha muerto al niño y lo matará a golpes. “Et después entró et falló al niño bivo et sano et al culebro muerto et despedaçado, et entendió que lo avía muerto el can”(*Calila*, 1984: 266). Los mismos editores del texto, Cacho Blecua y Lacarra, aportan el pasaje del *Lazarillo* en nota para ilustrar el peligro de las culebras para los recién nacidos⁵. Pero no es sólo otro caso que lo ilustra, sino que le da a Alfonso de Valdés la forma masculina del término para jugar genialmente con él; así dice Lázaro que su amo “de esta manera andaba tan elevado y levantado del sueño, que, mi fe, la culebra (o *culebro*, por mejor decir) no osaba roer de noche ni levantarse al arca” (Valdés, 2004: 24). ¡Realmente es extraordinaria esta presencia del *culebro* en tal lugar! Lázaro con el cambio de género apunta irónicamente al hecho de que es él la culebra; pero tras el juego verbal está la referencia literaria que lo enriquece.

Otro religioso será también objeto de persecución de los ratones en el *Calila* –no es raro que Alfonso de Valdés asociara a los cuatro religiosos, dos perseguidos por ratones y dos por culebras, a su inolvidable y mezquino clérigo–; es el protagonista del relato que le cuenta el traidor zarapito (“çarapico”) a la garza:

Dizen que en una tierra avía un religioso en una choça, et eran los omnes muy pagados de aquella choça et de le dar de sus comeres. Et avían hi muchos mures que le venían a commer su vito; et ovo el reli-

⁴ El escudero le dice a Lázaro, al modo de ese inventor de futuro, que tiene en su tierra “un solar de casas que, a estar ellas en pie y bien labradas, dieciséis leguas de donde nací, en aquella Costanilla de Valladolid, valdrían más de docientas veces mil maravedís” (Valdés, 2004: 39).

⁵ Y Francisco Rico, en sus notas al *Lazarillo de Tormes*, junto a la referencia al *Anfitrión* traducido por Villalobos y la del *Diálogo de la dignidad del hombre*, añade la de este pasaje del *Calila e Dimna* (*Lazarillo*, 1987: 66).

gioso un gato, et atolo en la choça por matarlos et por amontarlos dende
(*Calila*, 1984: 347-348).

El gato que tiene el amo de Lázaro no es de los que comen, es una ratonera, que además él pide prestada y lo mismo hace con el cebo que en ella pone: “Luego buscó prestada una ratonera y, con cortezas de queso que a los vecinos pedía, contino el gato estaba armado dentro del arca”(Valdés, 2004: 23). No desperdicia detalle alguno Alfonso de Valdés para poner de relieve la avaricia sin medida del mezquino ciego.

Las culebras –y el culebro– y los mures del *Calila e Dimna* persiguiendo a los religiosos nos permiten ver la lectura que de la obra hizo Alfonso de Valdés y nos lleva a admirar una vez más su maestría, su finura, su capacidad para metamorfosear ese néctar que liba en una miel extraordinaria: su prosa aparentemente tan sencilla. Descubrir esas fuentes permite gozar más a fondo del texto porque se intensifica el sentido de las palabras, de los elementos del relato. ¡El culebro es una magnífica prueba de ello! Los *mures* se cambian en *ratones* porque la palabra, que le gustaba a su hermano Juan⁶, a él le debía sonar a uso arcaico.

Todavía se podrían ver otras huellas⁷, así en algo de lo que dice Belet podemos ver un detalle más del comportamiento del avaro clérigo: “Tres son los que deven aver pesar: [...] el que ha mucho caldo et poca carne, porque pierde el sabor del comer”(Calila, 1984: 294). No hay más que leer lo que cuenta Lázaro: “Cinco blancas de carne era su ordinario para comer y cenar. Verdad es que partía conmigo del caldo, que de la carne, ¡tan blanco el ojo!”(Valdés, 2004:17). Una afirmación de otro mur puede también encontrarse en las palabras de Lázaro:

Desde avemos pasado una tribulación, luego caemos en otra, et cómo dixo verdad el que dixo que mientras está el omne aventurado viénenle las cosas a su guisa; et desde comienza a caer, toda vía va de mal en peor (*Calila*, 1984: 221).

Al dar con el mezquino clérigo, después de dejar al avaro ciego, dice: “Escapé del trueno y di en el relámpago, porque era el ciego para con este un Alejandro Magno, con ser la misma avaricia”. Pero no lo deja porque “tenía por fe que todos los grados había de hallar más ruines”. Estando “en tal aflicción [...] viéndome ir de mal en peor”(Valdés, 2004: 17-19), llega a su puerta un calderero y comienza así el episodio del arcaz.

Hay también huellas de la lectura de la obra sapiencial en sus *Diálogos*: en su concepto del rey como cabeza del pueblo y en cómo debe actuar el fiel consejero del rey, huyendo de la alabanza y buscando siempre decirle la verdad aunque le pese.

El cuervo le dirá a su rey que el de los búhos era “desdeñoso et engreído et perezoso, et presçíavase mucho, et era de mal acuerdo, et sus privados eran tales como él”; sólo un búho le es fiel porque “consejaba lealmente a su señor et le non çelava

⁶“Antes diré *mur* que *ratón*, pues tan bien es castellano lo uno como lo otro, porque dizen: “lo que as de dar al mur, dalo al gato”(Valdés, Juan de, 1982: 230).

⁷ En toda la obra aparece la palabra *lacieria* (o *lacierio*), tan importante en el *Lazarillo*, pero es sólo un uso léxico común.

nada, maguer que le pesava”(Calila, 1984: 252). No hay más que leer lo que dice en el *Diálogo de Mercurio y Carón* el buen rey Polidoro a su hijo: “La mayor falta que tienen los príncipes es de quien les diga verdad. Da, pues, tú libertad a todos que te amonesten y reprehendan, y a los que esto libremente hicieren tenlos por verdaderos amigos”(Valdés, 1999: 224); “Ama los que libremente te reprehendieren y aborrece los que te anduvieren lisonjeando, no mires qué compañía te será agradable, mas cuál te será provechosa. [...] Como el vulgo no conversa con el príncipe, siempre piensa que es tal cuales son sus privados: si son virtuosos, tiénelo por virtuoso; y si malos e viciosos, por malo e vicioso”, (Valdés, 1999: 230). Y en la primera parte, dijo Mercurio a propósito del rey de Francia y sus consejeros: “...harta culpa tiene el príncipe que, conociendo claramente ser un hombre malo, quiere tenerlo cabe sí, porque da causa que se piense dél lo que se ve en su privado”, (Valdés, 1999: 124).

Helbed le dice a su esposo, el rey:“...ca el rey es tal con el pueblo como la cabeça con el cuerpo: quando la cabeça está bien, el cuerpo está bien”(Calila, 1984: 284). Dirá Polidoro: “Cual es el príncipe, tal es el pueblo”. Pero este concepto se fundirá con la idea de san Pablo, esencial en Erasmo y en Alfonso de Valdés, de que Cristo es la cabeza del cuerpo místico de la iglesia (Maravall, 1973).

Alfonso de Valdés leyó también dos de las obras más importantes de nuestra literatura medieval: el *Libro de buen amor* y *El conde Lucanor*. Su lectura, que puede probarse de nuevo porque deja huellas en sus tres obras, en los dos *Diálogos* y en el *Lazarillo de Tormes*, da luz sobre otros pasajes de la declaración de Lázaro de Tormes.

4. La nariz del ciego del *Lazarillo* y el cuello de la grulla del *Libro de buen amor*

Una de las fábulas –o ejemplos– que recoge el arcipreste de Hita es la del lobo y la grulla. Al comer el lobo una cabra, se le atraviesa en la garganta un hueso; ahogándose, promete “tesoros e riqueza” a quien se lo saque; y una grulla “sacole con el pico el hueso con sutileza”; pero cuando pide el premio prometido, le contesta el lobo: “¿Cómo! ¿Yo non te pudiera tajar / el cuello *con mis dientes si quisiera apertar*?”(Ruiz, 1992: 68, 70). El pasaje en el *Ysopet con sus fábulas hystoriadas* se formula muy de otra forma: “¿Non sabes que tenías tu cabeça dentro en la mi boca de manera que te pudiera degollar si quisiera?”.

Si ahora superponemos la escena del ciego oliendo la boca abierta de Lázaro en busca de la longaniza perdida y leemos la reflexión del muchacho sobre la oportunidad que dejó escapar, vemos el guiño literario: “fue no dejarle sin narices, pues tan buen tiempo tuve para ello, que la meitad del camino estaba andado; que, *con solo apertar los dientes*, se me quedaran en casa”(Valdés, 2004: 14-15).

El trote del fraile de la Merced, su continuo andar y su romper zapatos, de indudable contenido sexual, lo podemos intensificar si recordamos la actividad de las trotaconventos: “E busca mensajera de unas negras pecas, / que usan mucho fraires [e] monjas e beatas; / son mucho andariegas e meresçen las çapatras; / estas trotaconventos fazen muchas baratas”(Ruiz, 1992: 117-118).

El *Libro de buen amor* se cierra precisamente con la cantiga de los clérigos de Talavera, donde se recoge la protesta contra el decreto de excomunión de los clérigos amancebados y el desespero de toda la clerecía; y con dos cantares de ciegos: asuntos ambos esenciales en el *Lazarillo*⁸.

La obra del arcipreste de Hita no se imprimió hasta el siglo XVIII, en 1790 Tomás Antonio Sánchez publica por primera vez el texto; pero circuló en manuscritos, de los que sólo nos han llegado tres. Álvarez Gómez de Castro, el humanista toledano⁹ biógrafo de Cisneros, anotaba pasajes de sus lecturas, como atestiguan los manuscritos conservados; y entre ellos, copió algunos versos del *Libro de buen amor* que no están en los textos conservados (Sánchez Cantón, 1918); era amigo de erasmistas como Juan de Vergara (no es extraño, por tanto, que el secretario del Emperador leyera también la obra). Gómez de Castro transcribe una cuaderna vía con la reacción de doña Endrina a las palabras de la vieja alcahueta: “Cada que vuestro nombre yo le estó deziendo, / otéame e sospira e está comediendo, / aviva más el ojo e está toda bulliendo: / paresçe que convusco non se estaria dormiendo”¹⁰ (Ruiz, 1992: 198). El “aviva más el ojo” del pasaje que interesó al humanista nos lleva a las primeras palabras que Lázaro se dice a sí mismo, tras la calabazada con el toro de piedra: “Verdad dice este, que me cumple avivar el ojo y avisar” (Valdés, 1999: 8); es cierto que podría pensarse en un uso común, pero el verbo *avivar* suele aplicarse a otros términos.

También utiliza la palabra *girgonza* el arcipreste de Hita, al hablar “De las propiedades que las dueñas chicas an”: “En pequeña girgonça yaze grand resplendor” (Ruiz, 1992: 417). Pero, como dije, dónde cobra su mayor resplendor para poder iluminar la *jerigonza* del *Lazarillo* es en *Bocados de oro*. Alfonso de Valdés leyó el *Libro de buen amor*, donde pudo ver cómo “en feo libro está saber non feo”, y en su “nonada” puso toda la fuerza irónica de su lectura erasmista del comportamiento de unos eclesiásticos y un fatuo cortesano.

5. “Don gato” del *Conde Lucanor* y “donos ratones traidores” del *Lazarillo*

Lázaro, para poder comer algo de ese paraíso panal que su mezquino amo, el clérigo, guarda en el arcaz, desmigaja un poco tres o cuatro bodigos como si fueran ratones los que lo hubieran hecho; y así lo cree el avaro. Tapa éste todos los agujeros de la vieja arca con tablillas y clavos; y acabada su labor, dice a los imaginarios

⁸ También inspiró a Alfonso de Valdés un pasaje del “enxiemplo de la propiedat qu’el dinero ha”, las estrofas 493-495 (“Yo vi en corte de Roma, do es la Santidad, / que todos al dinero fazienle homildat”) para otro de su *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*, en donde describe la pompa de la jerarquía eclesiástica y su avidez de dinero (Valdés, 1992: 231).

⁹ En su testamento indica dónde y a quién quiere dejar sus libros. Tiene cartas de Erasmo y el erasmista procesado Juan de Vergara; poseía un manuscrito del *Diálogo de la lengua*, que él ya dice “de Valdés” (testimonio que ha sido esencial para darle la autoría a Juan); nombra juntos dos de los libros que había leído Alfonso de Valdés: la *Agricultura* de Gabriel Alonso de Herrera y las *Trescientas* de Mena glosadas por Hernán Núñez (Francisco de B. San Román, 1928).

¹⁰ Juan Ruiz, *Libro de buen amor*, ed. de Alberto Blecua, Madrid: Cátedra, 1992, pág. 198.

ratones: “–Agora, donos traidores ratones, conviéneos mudar propósito, que en esta casa mala medra tenéis”(Valdés, 2004: 22). Le aplica el tratamiento a los ratones, hecho de indiscutible comicidad. La idea la toma Alfonso de Valdés de la obra más popular de don Juan Manuel, *El conde Lucanor*, de uno de sus ejemplos más famosos: “De lo que contesció a un mancebo que casó con una mujer muy fuerte et muy brava”, el XXXV.

En la farsa que el mancebo interpreta para atemorizar a su brava mujer, le pide al perro que les dé agua a las manos, y como no lo hace, lo despedaza. “Sañudo et todo ensangrentado”, verá un gato y le pedirá lo mismo amenazándole, dirigiéndose a él con un “¡Cómo, don falso traidor!”. El final será el mismo porque, como dice el escritor, “ca tampoco es su costumbre de dar agua a manos”. La tercera víctima será el caballo y se dirige a él personificándolo también, como si pudiese entenderle y obedecer su orden: “–¡Cómo, don caballo!” (Don Juan Manuel, 1983: 285-289). De estos tratamientos tomó Alfonso de Valdés su “donos traidores ratones”, de un efecto cómico tan eficaz porque va dirigido a unos ratones inexistentes. Pero su comicidad es aun superior si relacionamos la escena con la del *Conde Lucanor*. Ese guiño literario enriquece indudablemente la obra para el lector, que goza al reconocerlo, y se vincula además a otro, al que aparece en *La Celestina* cuando Pármeno dice: “¿Relincháis, don caballo?”(Rojas, 2000: 91).

Hay también un pasaje recreado en el *Diálogo de Mercurio y Carón* del ejemplo XXXI, “Del juicio que dio un cardenal entre los clérigos de París et los fraires menores” (Valdés, 1999: 262-264). La disputa entre clérigos y frailes sobre quién debía tocar las horas primero ocasiona un largo proceso; el cardenal pidió todos los escritos y llamó a los pleiteantes para que oyeran su sentencia; “et cuando fueron ante él, fizo quemar todos los procesos” del pleito y les dijo que quien antes se despertara que tañera. Esa quema de los procesos entre clérigos es el humo que ven Mercurio y san Pedro cuando observan desde lo alto el saco de Roma; así lo cuenta el dios al barquero Carón: “En estas y otras cosas estábamos hablando cuando vimos subir un grandísimo humo, y preguntando yo al buen san Pedro qué podría ser aquello, en ninguna manera me lo podía decir de risa. A la fin me dijo: “Aquel humo sale de los procesos de los pleitos que los sacerdotes unos con otros traían por poseer cada uno lo que apenas y con mucha dificultad rogándoles con ello habían de querer aceptar” (Valdés, 1999: 134). En su *Diálogo de las cosas acaecidas*, se limitaba a dar el dato de cómo los registros y los procesos “quedan destruidos y quemados”; en la descripción de Mercurio, le añade el guiño literario al ejemplo de don Juan Manuel.

El prólogo del *Conde Lucanor* tiene elementos que Alfonso de Valdés recrea en los tres que pone a sus obras: las diferencias entre las voluntades e intenciones de los hombres, que se menciona en el del *Lazarillo* como diferencia de gustos; la mezcla de ejemplos a las enseñanzas al modo de los médicos, que añaden azúcar o miel para que se tomen las medicinas, pasa al *Diálogo de Mercurio y Carón* en forma del desfile de las ánimas que con “sus gracias” interrumpen la historia, que es “materia en sí desabrida” (Valdés, 1999: 73). En el *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*, Alfonso de Valdés dice que “si alguna falta en este Diálogo hallaren, interpretándolo

a la mejor parte, echen la culpa a mi ignorancia y no presuman de creer que en ella intervenga malicia”(Valdés, 1992: 80); que es otra forma de decir “Et lo que y fallaren que non es tan bien dicho, non pongan la culpa a la mi entención, mas pónganla a la mengua del mio entendimiento”, como afirma don Juan Manuel (1983: 289). De la misma forma que el “pues podría ser que alguno que las lea halle algo que le agrade, y a los que no ahondaren tanto los deleite”, del prólogo del *Lazarillo* es una espléndida síntesis de las dos formas de leer que indica don Juan Manuel en el del *Conde Lucanor*: “los que lo leyeren si por su voluntad tomaren placer de las cosas provechosas que y fallaren, será bien; et aun los que lo tan bien non entendieren, non podrán excusar que, en leyendo el libro, por las palabras falagueras et apuestas que en él fallaran, que non hayan a leer las cosas aprovechosas que son y mezcladas”.

El conde Lucanor no se imprimió hasta 1575, en edición de Argote de Molina, pero circuló manuscrito: nos han llegado cinco códices distintos a los tres que utilizó este editor, perdidos, y a otro que figuraba en la biblioteca del Escorial. Tenemos además noticia de la existencia de otros manuscritos, e incluso sabemos que había uno en la biblioteca de la reina Isabel; es, por tanto, completamente plausible que el secretario del Emperador leyera la obra, como lo prueban sus escritos.

6. Final

La lectura de *Bocados de oro* nos permite ver el brillo de la jerigonza del *Lazarillo* y saber que no le enseña el ciego jerga alguna a Lázaro, sino avisos para vivir, la verdadera joya. La de *Calila e Dimna* nos lleva a advertir cómo el hambriento mozo no sólo es el ratón para el clérigo, sino que sigue la suerte del mur de otro religioso; y que, el masculino “culebro” que se aplica a sí mismo es un evidente juego de palabras, pero también un guiño a su presencia en el libro sapiencial. El *Libro de buen amor* da luz sobre el pico que tiene la nariz del ciego, y *El conde Lucanor* lo hace sobre esos “donos ratones traidores” con que apostrofa a los invisibles roedores el mezquino clérigo. Viendo todo ello, *La vida de Lazarillo de Tormes* cobra aún mayor riqueza literaria. Los libros que leyó y saboreó su autor, Alfonso de Valdés, se transparentan a veces en sus obras, y el lector gozará más si advierte esos guiños literarios.

Referencias bibliográficas

- BOCADOS DE ORO* (1510). Toledo: sucesor de Pedro Hagembach.
- CALILA E DIMNA* (1984). Edición de Juan Manuel Cacho Blecua y M^a Jesús Lacarra. Madrid: Castalia.
- DON JUAN MANUEL (1981). *Obras completas. I. Libro del cauallero et del escudero, Libro de las armas, Libro enfenido, Libro de los estados, Tractado de la Asunción de la Virgen María, Libro de la caza*. Edición de José Manuel Blecua. Madrid: Gredos.

- (1983). *Obras completas. II. El conde Lucanor, Crónica abreviada*. Edición de José Manuel Blecuá. Madrid: Gredos.
- LAZARILLO DE TORMES (1987). Edición de Francisco Rico. Madrid: Cátedra.
- MARAVALL, José Antonio (1973). “La idea del cuerpo místico en España antes de Erasmo”. En *Estudios del pensamiento español. Serie primera. Edad Media*. Madrid: Cultura Hispánica.
- NAVARRO DURÁN, Rosa (2003). “*Lazarillo de Tormes*” y las lecturas de Alfonso de Valdés. Cuenca: Diputación Provincial.
- (2004). *Alfonso de Valdés, autor del “Lazarillo de Tormes”*. Madrid: Gredos, 2ª ed. con un apéndice.
- ROJAS, Fernando de (y “antiguo autor”). *La Celestina*. Edición de Francisco Rico et al. Barcelona: Crítica.
- RUIZ, Juan. Arcipreste de Hita (1992). *Libro de buen amor*. Edición de Alberto Blecuá. Madrid: Cátedra.
- SÁNCHEZ CANTÓN, F. J. (1918). “Siete versos inéditos del *Libro de buen amor*”. *Revista de Filología Española* V, 43-45.
- SAN ROMÁN, Francisco de B. (1928). “El testamento del humanista Alvar Gómez de Castro”. *Boletín de la Real Academia Española* XV, 543-566.
- VALDÉS, Alfonso de (1992). *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*. Edición de Rosa Navarro Durán. Madrid: Cátedra.
- (1999). *Diálogo de Mercurio y Carón*. Edición de Rosa Navarro Durán. Madrid: Cátedra.
- (2004). *La vida de Lazarillo de Tormes, y de sus fortunas y adversidades*. En *Novela picaresca. I*. Edición de Rosa Navarro Durán. Madrid: Biblioteca Castro.
- VALDÉS, Juan de (1982). *Diálogo de la lengua*. Edición de Cristina Barbolani. Madrid: Cátedra.
- VILLENA, Enrique de (1879). *Arte cisoria*. Edición de Felipe-Benicio Navarro. Barcelona: La Renaixensa.